

La sociología y el estudio de la política en el Perú¹

Nicolás Lynch

RESUMEN

La relación entre sociología y política durante el período comprendido entre los años sesenta y fines del siglo XX es el punto central del análisis que el autor realiza en este artículo y para lo cual desarrolla algunas hipótesis explicativas. Una relación que es vista no sólo en el aspecto académico sino también en su característica de acción práctica. Sin reclamar ninguna imparcialidad llega a concluir que la sociología, a pesar de las tormentas, en la actualidad está esforzándose por desarrollar enfoques interpretativos para el análisis de los fenómenos políticos y contribuir a la explicación de nuestra realidad cambiante.

1. INTRODUCCIÓN

La relación con la política quizás sea la más importante de las relaciones que haya debido afrontar la sociología, tanto en su calidad de saber académico como de disciplina institucionalizada en el Perú. En la sociología contemporánea, especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial, suele llamarse al análisis sociológico de la política "Sociología Política", aunque el término haya sido bruscamente contestado y despierte encendidas polémicas, sobre todo por parte de los que habitan el área, también difícilmente definida de la "Ciencia Política". Sin embargo, como en el Perú casi no ha existido esta última y los abogados y filósofos no nos han hecho sino esporádica competencia, permítaseme señalar que nuestros análisis sociológicos de la política han sido, en el ámbito académico, casi y repito casi, los únicos estudios políticos existentes.

Además, han tenido, a pesar de ser un ejercicio intelectual de minorías y a ratos muy aislado, el mérito de construir, al menos por parte de los que

¹ El presente texto fue presentado, en una versión inicial, como ponencia en el Encuentro Nacional de Sociólogos, preparatorio al XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, en Arequipa, el 16 de noviembre del año 2000.

generosamente podemos llamar “comunidad académica”, enfoques interpretativos las más de las veces no coincidentes e incluso enfrentados, pero que han permitido acercarse a los fenómenos políticos de los últimos treinta años en el Perú. Esto es bueno resaltarlo por delante, en un momento en que en algunos lugares de América Latina se quiere reducir a la sociología a la calidad de una “narrativa” en crisis, como pretende el chileno José Joaquín Brunner (1997), porque no tenemos, cual lectores de cartas, la facultad de predecir el futuro con precisión o al menos de hacer “diagnósticos” a la manera positivista de otras ciencias que se suponen exactas.

En las siguientes líneas trato de desarrollar, de manera muy inicial, algunas hipótesis explicativas que den cuenta de esta relación entre sociología y política. Lo hago, por lo demás, sin reclamar ninguna imparcialidad. Quienes me conocen saben que no es sino otro esfuerzo por desencantar lo que ha sido mi pasión intelectual y profesional en los 25 años que llevo como sociólogo.

Se trata, hay que agregar, de una relación entre la sociología y la política no sólo en el aspecto académico de esta última sino también en su característica de acción práctica. Para buena parte de los sociólogos de una u otra tendencia las virtudes y los defectos de la sociología, así como los beneficios y las calamidades que ésta provocaría, vienen de su relación con la política.

Todavía me acuerdo que cuando hice las entrevistas para mi libro *Los Jóvenes Rojos de San Marcos*, a mediados de los años ochenta, uno de mis primeros entrevistados que había sido destacado dirigente estudiantil de los setenta me dijo: “yo ingresé a sociología porque quería hacer política”. De igual manera en el III Congreso Nacional de Sociología, en Cajamarca en 1995, Gustavo Reyna y Ricardo Soto, comentando una ponencia de César Germaná, decían que la identidad entre sociología y política en los setenta y ochenta degeneró la imagen de la primera e hizo aparecer al sociólogo como un político generador de conflictos.

2. LOS ANTECEDENTES

Si nos remontamos al comienzo de esta historia, que no va más allá de la década de 1960, porque lo anterior, incluida la presencia destacada de Mariátegui, son influencias e intentos esporádicos, tenemos la gran preocupación política por los problemas sociales del país. Una preocupación puesta nuevamente sobre el tapete, luego de la crisis de los años treinta, por las movilizaciones campesinas y populares de la época y por los nuevos partidos populistas y reformistas. Esta preocupación tiene como peculiaridad el ligar el destino del país, en última instancia su viabilidad, a la solución de los

problemas, principalmente de desigualdad social, que se vuelven a manifestar en la época. En otras palabras, era imposible pensar en la política peruana sin plantear soluciones, que implicaran grandes “cambios estructurales”, a estos problemas sociales.

Es importante hacer hincapié en esta asociación, porque siendo el contexto que marca el surgimiento de la sociología en el Perú, no se convertiría, a pesar de que dura con altas y bajas alrededor de treinta años, en una asociación permanente. En los noventa, por el contrario, se disocia la solución de los problemas sociales de las posibilidades del poder político y los primeros pasan a ser simples objetos del clientelismo electoral del poder de turno o de la caridad de los donantes internacionales, produciéndose lo que Norbert Lechner (1996) ha señalado como el “descentramiento de la política”, que busca llevar a la imposición de la racionalidad del mercado en las distintas esferas de la sociedad. Los que hemos sobrevivido la última década de 1990 estamos, felizmente, aquí para contarlos.

Sin embargo, el tipo de soluciones que la política de los sesenta planteaba para los problemas sociales era tecnocrático y reformista: había que cambiar las cosas progresivamente y confiados en el saber de la ciencia aplicada que traían los nuevos profesionales. Quizás el mejor ejemplo sea Fernando Belaunde y su frustrado primer gobierno, entre 1963 y 1968. La noción de conflicto, como el fenómeno que expresaba los problemas no aparecería sino embrionariamente en esta visión, subordinándose a la posibilidad de “hacer bien las cosas” que brindaba supuestamente el saber tecnológico. No hay relación directa, o por lo menos significativa, de la sociología con el reformismo aquel. Quizás podrían haber existido esfuerzos aislados de relacionar ese reformismo con la contemporánea sociología de la modernización, algo como lo que hicieron en otros países de América Latina Gino Germani o José Medina Echevarría, pero nada de ello ocurrió en estas tierras.

Las pocas reflexiones académicas, de Aníbal Quijano en “Naturaleza, situación y tendencias de la sociedad peruana contemporánea” cuya versión a mimeógrafo, que leí a principios de los setentas al ingresar a San Marcos, estaba fechada en 1964 y de Julio Cotler en “La mecánica de la dominación interna y el cambio social” que publicara en la *scrie* Perú Problema # 1 el IEP en 1968, aparecen como hechos aislados sin influencia inmediata. El estudio que más propiamente podríamos llamar de sociología política, *Poder y Sociedad en el Perú contemporáneo*, del francés Francois Bourricaud, se publica en Argentina en 1967 y la segunda edición en el Perú recién en 1985. Los ejemplares del libro de Bourricaud eran escasos y yo, por lo menos, me enteré de él de oídas, en los precarios cafés de la Ciudad Universitaria de San Marcos, varios años antes de leerlo. Esta importante contribución, cuya vena

de reflexión hubiera sido por lo menos interesante ver continuada, tampoco alcanza un impacto mayor.

En lo que respecta a la fundación de los iniciales departamentos académicos de sociología parece ser que sus iniciadores no tuvieron mayor cosa que decir, ensayando, al menos en San Marcos, algún estructural-funcionalismo que se agotaría rápidamente y desaparecería del panorama ya fuera porque se lo llevaron cuando dejaron la Universidad o porque lo escondieron si es que lograron quedarse. Hubo, asimismo, el intento de fundar una carrera de ciencia política en la Universidad Católica a principios de los años sesenta pero cerró al poco tiempo llevándonos a preguntar por qué el relativo arraigo de la sociología y no de una disciplina estrictamente política. Aquí la respuesta tiene que ver con la relación ya establecida entre la importancia de los problemas sociales y su necesaria solución por la vía política transformadora, lo que requiere, al menos en el Perú de la época, de una disciplina que abarque ambos niveles de reflexión.

3. LA IDENTIDAD REVOLUCIONARIA DE LA SOCIOLOGÍA

Habría que esperar a un momento siguiente, el que se abre con el golpe militar del tres de octubre de 1968, para que la asociación entre problemas sociales y política tenga que ver con la sociología. La relación entre la solución de los problemas sociales y las posibilidades del poder político para hacerlo aparecen en este período con mucho mayor fuerza que en el anterior. Es más, ya fuera desde la perspectiva estatal del velasquismo o desde los planteamientos de la nueva y/o renovada izquierda peruana, la solución que se plantea para los problemas sociales ya no es reformista sino revolucionaria, es decir, debía implicar un trastocamiento radical de las relaciones sociales y correlaciones políticas vigentes. Esto va a dar inicio a una corriente crítica del poder establecido que verdaderamente funda la sociología en el Perú y en especial la reflexión sociológica de la política. Esta postura crítica deberá, sin embargo, superar las limitaciones de su nacimiento para afirmarse como verdaderamente tal y contribuir al desarrollo de una comunidad intelectual del cultivo de la disciplina.

Las dos perspectivas "revolucionarias" de este período, se contraponen, sin embargo, y excluyen mutuamente. Simplificando, una desde arriba y otra desde abajo, dicen estar haciendo lo correcto y acusan a la opuesta de tener objetivos exactamente contrarios a la transformación que cada una propone. Los une, sin embargo, no sólo la preocupación revolucionaria sino el tema central de su reflexión que en ambos casos, tanto a favor o en contra del proceso, va a ser la caracterización del gobierno militar en funciones.

La revolución, como clima de esta época, sí que tiene impacto en la sociología. Aunque, nuevamente, el impacto de cada perspectiva revolucionaria será diferente. El velasquismo tiene, más bien, una influencia menor. Funciona como política estatal de movilización social a través de SINAMOS y su influencia buscaría ser sistematizada en la época por Carlos Delgado en el libro *Testimonio de Lucha* y por Carlos Franco en sus escritos posteriores sobre la participación y el fenómeno velasquista mismo. No crean, sin embargo, o dan inicio, a una “sociología del proceso revolucionario de la Fuerza Armada”. En su desarrollo posterior, sin embargo, el grupo que dirigió SINAMOS funda una revista que tiene especial importancia en el análisis sociológico de la política, me refiero a “Socialismo y Participación”, persistiendo hasta nuestros días como una tribuna de enfoques críticos.

La otra perspectiva, en cambio, va a pasar a ser la identidad de la sociología en el período. La sociología como un discurso que podía ayudar a la organización de la revolución “desde abajo”, que solucionara verdaderamente los agudos problemas sociales del Perú. El afianzamiento de esta perspectiva no es una cuestión principalmente académica sino que tiene que ver con la hegemonía de los partidos de la izquierda marxista-leninista en el movimiento estudiantil en la mayoría de las universidades, principalmente nacionales, en el país. Son estos partidos, tanto en sus vertientes maoístas como de “nueva izquierda” los que literalmente imponen una determinada visión del cambio revolucionario que permea, casi de manera definitiva la relación de la sociología con la política. Se trata, por lo demás, de un marxismo de la peor calidad, el de los Gulags y “la revolución cultural” que debería esperar todavía algunos años para develarse en toda su perversidad.

No es, sin embargo, el marxismo-leninismo, una mediación entre sociología y política que estimule el desarrollo de la sociología como disciplina científica que busca la construcción de una comunidad académica determinada. Se trata, más bien, de controlar el desarrollo institucional de la sociología influyendo en el nombramiento de los profesores allí donde existen departamentos de sociología para garantizar que se conviertan en repetidores de los manuales soviéticos de Nikitín o Konstantinov o de las *Cinco tesis filosóficas* de Mao Tse-tung. Mi universidad, San Marcos, fue uno de los epicentros de este fenómeno de control institucional que soportó, por lo menos diez promociones de sanmarquinos, interminables cursos de Dialéctica de la Naturaleza, Materialismo Dialéctico, Materialismo Histórico y Teorías Económicas del Capitalismo, entre fines de los sesenta y principios de los ochenta hasta que César Germaná llegara a la jefatura del Departamento de Ciencias Histórico-Sociales, entre 1982 y 1983, para empezar a liderar un cambio.

El conflicto, como característica que aporta Marx al canon clásico de la sociología, viene así a ser la característica distintiva de la cultura de la sociología en el Perú, pero el conflicto en la traducción que de esta característica central del legado sociológico hace el marxismo-leninismo. Es decir, el conflicto como la existencia de clases y lucha de clases y la única solución posible en la revolución proletaria y la dictadura del proletariado. Esta definición, que cita casi textualmente una sentencia de Marx, no es la única definición de conflicto ni en la sociología ni en la tradición socialista, pero fue la que se adoptó “a pie juntillas” por la abrumadora mayoría de sociólogos de la época. Todo esto llevado adelante en clave burocrática con un partido revolucionario que se dividía por decenas y que tenía la “misión” de la violencia revolucionaria para llevar adelante su objetivo. Esta cultura de la sociología no tomaba en cuenta sino en contadísimos casos los otros dos elementos del canon clásico, tal como lo entiende Wallerstein (1999), la integración de Durkheim y la legitimidad de Weber, lo que limitaría drásticamente sus posibilidades analíticas. El conflicto, sin embargo, en esta versión marxista-leninista, politizaría el conjunto del quehacer sociológico en una perspectiva muy precisa que contribuiría más a distinguir a los sociólogos como “comunistas” que a sus análisis como interesantes.

Empero, hubo también, en este clima de época, una tendencia minoritaria, que se desarrolló tanto fuera como dentro de la impronta marxista-leninista y que fue, a la postre, la que tendría mayor impacto académico, diferenciando aquí muy claramente entre el control institucional antes aludido y la precaria “comunidad académica” que intentaron algunas minorías. Me refiero, por una parte, al colectivo “Sociedad y Política”, que editaría la revista del mismo nombre y cuyas reflexiones en las plumas de Aníbal Quijano, César Germaná, Julio Cotler y Rodrigo Montoya, harían justicia a la definición clásica del análisis sociológico de la política que busca, o debería buscar, las raíces sociales de los fenómenos relativos a la lucha por el poder. Es de especial relevancia la contribución de Aníbal Quijano al análisis del capitalismo de Estado durante el velasquismo y de Julio Cotler al corporativismo de ese régimen político. Es cierto que a “Sociedad y Política” la alimenta un marxismo radical pero a diferencia del que predominaba en la izquierda revolucionaria de la época era un marxismo abierto que se entroncaba en la reflexión histórico-estructural de la sociología latinoamericana e intentaba señalar líneas de reflexión posteriores.

A fines de los setenta y ya desligado de Sociedad y Política, Julio Cotler publicaría el libro quizás más importante de la década sobre reflexión sociológica de la política: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, una lectura sociológica e histórica, ciertamente ambiciosa, de los fenómenos políticos en el proceso de constitución de esta entidad llamada Perú, que pone en el

centro del debate el tema de nuestra herencia colonial para explicar los fracasos en el proceso de construcción estatal. Este libro, en sus sucesivas reediciones, tendría una influencia muy importante, con sus virtudes y defectos, no sólo sobre los sociólogos sino entre los diversos interesados en el tema y quizás no haya habido, hasta finales de los noventa, libro más influyente al respecto. No existe en el texto la formulación de una teoría nueva sobre lo que promete el título pero sí un ordenamiento interpretativo de la política a partir del conflicto social, llenando un vacío que le daría casi dos décadas de premierato.

Líneas aparte merece el esfuerzo que desarrollaron en San Marcos César Germaná y, entre San Marcos y la Universidad Católica, Sinesio López, para introducir la lectura y reflexión sobre la obra del gran pensador italiano Antonio Gramsci. Gramsci fue quizás la ventana que permitió la entrada de algo de aire fresco al gélido ambiente marxista-leninista. De repente la sociología encontraba un código de traducción que brindaba categorías analíticas que iban más allá de la retórica para entender en su especificidad los fenómenos políticos. Sin Gramsci hubiera sido imposible que Sinesio López escribiera ese brillante artículo: "El estado oligárquico: un ensayo de interpretación", que hoy vemos también influenciado por Barrington Moore, y que le permitiría en la siguiente década de 1980 pasar a la ofensiva como el primer sociólogo político que escribiría sobre los vaivenes de la democracia representativa.

Hubo también el esfuerzo de algunos centros de investigación por hacer, desde una perspectiva crítica y contestataria que recogía las preocupaciones revolucionarias de la sociología, algunas cronologías sociales y políticas, que darían lugar a varios libros de análisis de coyuntura presentando este cúmulo de datos, fuera ciertamente de los estrictos parámetros del marxismo-leninismo pero sin mayor impacto ulterior por su carencia de enfoque interpretativo.

4. DE LA REVOLUCIÓN A LA DEMOCRACIA

Sin embargo, la tendencia minoritaria fue exclusivamente tal: minoritaria, y la identidad de la sociología siguió siendo revolucionaria y marxista-leninista, alcanzando en su influencia a la década siguiente de 1980. Los dos congresos nacionales de sociología que se desarrollan en Huacho en 1981 y en Arequipa en 1987 son una expresión de ello. Ciertamente las ponencias centrales sonaban muy interesantes y hasta civilizadas, pero el "sentido común" predominante en el auditorio, tanto por parte de los estudiantes como de la mayoría de los profesores de universidades públicas, era, por acción u omisión, muy distinto. La pobreza de esta asociación política de la sociología en su desarrollo ulterior se vería por eso ya en los ochenta y no habría que esperar como algunos creen hasta los noventa.

Me quisiera referir también al primer gran *locus* ajeno al Estado y la academia que tiene el trabajo profesional de la sociología: las denominadas organizaciones no gubernamentales. Esta alternativa de labor profesional para los sociólogos, que adquiere importante desarrollo a principios de la década de 1980, estaría, sin embargo, muy relacionada a los partidos de la izquierda revolucionaria, en ese momento ya en la Izquierda Unida, y a la tendencia dentro de la Iglesia Católica denominada “Teología de la Liberación”. Entonces, la labor de estas ONG mientras existió la esperanza de la Izquierda Unida estuvo muy ligada a la “acumulación de fuerzas” de los partidos de dicho frente, generalmente de los más radicales. Se desarrollaron, sin embargo, a pesar de esta “acumulación de fuerzas” diversos trabajos por parte de distintos sociólogos, sobre todo en las ONG ligadas al trabajo municipal de la izquierda, sobre la participación de la población en la política local, pero ninguno de ellos llegó a tener importancia creo que por la visión estrecha predominante de la época, donde la utopía de la “asamblea popular” no permitía pensar maneras de democratizar la limitada democracia representativa de la década de los ochenta. Una excepción referida al estudio sobre este aspecto podría ser la investigación de Jorge Parodi y Walter Twanama: “Los pobladores, la ciudad y la política: un estudio de actitudes”, que tiene como referencia los años ochenta pero se publica en 1993. En ella Parodi y Twanama si bien no proponen nuevos caminos de participación sí profundizan en las complicadas redes de la política urbana limeña en el contexto de la democracia de aquel período.

Al igual que en los setenta en los ochenta también hubo minorías. La más significativa es la que se agrupa alrededor de la revista “El Zorro de Abajo” y que junta entre otros a sociólogos como Alberto Adrianzen, Nicolás Lynch, desde lejos Jorge Nieto y al antropólogo Carlos Iván Degregori, pero donde la figura más significativa es Sinesio López. En la revista y con el especial impulso intelectual de Sinesio se hace el tránsito, parafraseando un artículo de Norbert Lechner, “de la revolución a la democracia”. Pero lo interesante de este tránsito es que se hace, por lo menos en un primer momento, desarrollando la idea de “hegemonía” que habíamos recogido de Gramsci en la segunda mitad de los setenta. La idea de hegemonía, reafirmada también por la influencia escrita y personal de José Aricó y Juan Carlos Portantiero, nos permite entrar desde una perspectiva de izquierda al análisis de la democracia y asumir sus problemas como agenda de investigación. De izquierda, digo, porque no se abandona como objetivo ni como enfoque analítico el problema de la desigualdad social, se asume que es a través de la democratización como participación y no de la revolución como asalto al poder que se van a empezar a solucionar los problemas de la desigualdad social. Es más, hay una suerte de división del trabajo, porque Sinesio López

y Alberto Adrián se van a dedicar al proceso político democrático y Carlos Iván Degregori y el que esto escribe a la crítica al radicalismo marxista. El énfasis, al igual que en la década anterior, va a estar puesto en los procesos, dejando todavía para más adelante a las instituciones. Como alguna vez le dijera a Sinesio López, retrucando una afirmación suya, entramos a los sótanos del Estado pero nada más para tomar fotos, sin quedarnos todavía a habitarlos.

Es bueno también mencionar a otra minoría que se desarrolla en la década de 1980, la que se agrupa alrededor de la revista "Márgenes", que animan entre otros dos historiadores de la Universidad Católica de Lima, muy interesados en el análisis sociológico de la política, me refiero a Alberto Flores Galindo y Nelson Manrique. Márgenes nace como una sofisticación intelectual del análisis marxista-leninista todavía dominante en la sociología de los ochenta y quizás como respuesta indirecta a la impronta de El Zorro de Abajo, sin embargo, a diferencia de otras publicaciones tiene el mérito de sobrevivir y dejar de lado su radicalismo marxista inicial para abrirse a otras tendencias y maneras de entender la política.

Por otra parte, me parece que no es exacto, como ha escrito César Germaná (1994), que este pasaje de la revolución a la democracia supusiera el abandono de la problemática del poder; por el contrario, creo que ha significado, como una perspectiva siempre de minorías en la comunidad sociológica, el verdadero tratamiento del poder concreto que ejerce cotidianamente la dominación sobre nosotros. Es más, creo que esta perspectiva de análisis de la democracia involucra por lo menos otro de los elementos fundamentales del canon clásico de la sociología que recogemos de Max Weber: la legitimidad del poder en cuestión, abandonado por la perspectiva marxista ortodoxa y recuperado ahora. Creo también que la perspectiva sociológica de análisis de la democracia se desarrolla, por lo menos en el legado de "El Zorro de Abajo", como una perspectiva que no abdica de su horizonte transformador pero lo entiende en una clave distinta a la de la exclusiva perspectiva marxista del conflicto.

5. LA PÉRDIDA DE IDENTIDAD EN LOS NOVENTA

Con el fracaso de la Izquierda Unida y la derrota de Sendero Luminoso, fenómenos peruanos que casi coinciden en el tiempo con la caída del Muro de Berlín, se disuelve la identidad marxista-leninista de la sociología peruana y se agota esta perspectiva "m-l" en la interpretación sociológica de la política pero dejando, a la par, de lado, en la perspectiva de la mayor parte de los sociólogos, la desigualdad social como problema. Esto da paso a una parcial desorientación en el quehacer sociológico que se ha visto agudizada por la

falta de empleo para los profesionales sociólogos y el desprestigio de la sociología promovido por el neoliberalismo y ayudado por las anteriores identidades de la disciplina en el país.

La disolución de la identidad marxista-leninista ha dado paso a fenómenos que ya han sido apuntados por otros sociólogos (Germaná 1996), apareciendo tanto quienes promueven una “sociología aplicada” o el desarrollo de una “ingeniería social”, como quienes buscan continuar, viniendo generalmente de un marxismo abierto o de una visión “post-marxista” en una perspectiva crítica. Es importante señalar que estos desarrollos se producen a la par que en la sociología, más en general, se desarrollan intercambios sustantivos, sobre la crisis de paradigmas, entre Aníbal Quijano y Guillermo Rochabrún y sobre la sociología como ciencia y profesión, entre César Germaná y también Rochabrún. Ambos debates, y más quizás el segundo que el primero, son un sugestivo telón de fondo para los desarrollos que pasamos a comentar porque cuestionan los fundamentos de nuestro quehacer sociológico buscando actualizarlo de acuerdo a las principales tendencias contemporáneas.

En la relación entre sociología y política los que plantean una sociología aplicada suelen promover, la mayor parte de las veces sin ningún balance de por medio, a las denominadas “políticas sociales”, que serían las políticas sectoriales que el Estado debería aplicar para resolver los problemas derivados de la cuestión social. Ni reforma, ni revolución están aquí presentes, esta perspectiva no suele suponer el cambio de las relaciones de poder en ningún sentido, tan sólo la esperanza de poder lograr el financiamiento de algún organismo internacional para proponer alguna suerte de manejo de las relaciones sociales en algún lugar, evento o situación. Por supuesto, la desigualdad social no existe como problema, o en todo caso, su importancia es relativizada, prefiriéndose el concepto de pobreza como categoría y realidad aislada que reclama soluciones de manera “focalizada”. Quizás el mayor problema con este tipo de enfoque –si es que podemos llamarlo tal– no es la idea de “políticas sociales” en sí mismas, que como tales son aplicadas por gobiernos progresistas y con el concurso de sociólogos en diversas partes del mundo, sino la producción, la mayor parte de las veces, si es que los proyectos son exitosos, de “capacidades dependientes” en los actores sociales o en las instituciones estatales que duran mientras dura la intervención externa. En el mejor de los casos esta perspectiva tiene impacto académico en la modificación de las currículas de sociología orientadas a darle un peso mayor a lo instrumental y uno menor a lo teórico, donde por supuesto queda muy poco de reflexión sobre el tema de la desigualdad social y la distribución del poder político. En el peor de estos casos, se trata de la simple introducción, por parte muchas veces de marxistas-leninistas irredentos, de cursos de compu-

tación o evaluación de proyectos en antiguas currículas de sociología suponiendo que de esta manera “se pone al día a la disciplina”. Muy distintas son estas “políticas sociales” como perspectiva de las utopías de autonomía que se platearan en los sesenta y los setenta e incluso en los ochenta. Su producción intelectual, por otra parte, no como presentación de resultados, que abundan, sino como esbozo de teorías es pobre, porque lo que suele existir es la importación de un paquete que ya viene con la teoría “incorporada”.

Por el lado crítico creo que, más bien, la perspectiva es alentadora. Pero, antes de continuar, ¿qué es una posición crítica? Tomando a Adorno y Horkheimer y citando a Germaná, diríamos que “es la confrontación de la cosa con su propio concepto” para a partir de este cuestionamiento reconstruir el mundo social que el poder ha establecido. En este sentido, el análisis sociológico de la democracia ha sido continuado con especial fuerza en la década de los noventa. La quiebra democrática, el colapso de los partidos, la aparición de los “outsiders”, la promesa de las transiciones, el cambio constitucional, el nuevo régimen autoritario y finalmente su peculiar crisis; todos son fenómenos que han atraído la atención de los sociólogos y han sido tratados con relativa profundidad. La de los noventa ha sido una década, sin embargo, que ha traído competencia en el análisis de la política. Los abogados, por una parte, y algunos periodistas por la otra. Con desigual calidad, por supuesto, pero es un hecho que aparecen nuevos analistas de la política, sin la teoría pero también sin las “cargas” de los sociólogos y ello va a significar un contraste interesante. Asimismo, se ha tratado también de establecer la ciencia política como disciplina universitaria, es el caso de una carrera en la Universidad Villarreal y de una maestría en la Universidad Católica de Lima, lo que le traería una competencia específicamente académica al análisis sociológico de la política, sin embargo, estos intentos son todavía muy iniciales y no tienen aún influencia particular.

A diferencia de los ochenta, en los noventa existió un énfasis en las instituciones y en la cultura política, no sólo serán los sótanos del Estado los que se visiten y eventualmente habiten sino las diversas instalaciones del mismo. Podemos mencionar en el análisis institucional a Sinesio López, Martín Tanaka y Nicolás Lynch, preocupados sobre todo por los partidos y las transiciones del autoritarismo a la democracia, a la vez que las contribuciones de Carlos Franco y Romeo Grompone sobre cultura política. Pero, además, ya avanzada la década de los noventa se van a publicar dos libros de una importancia singular para el análisis sociológico de la política. El primero, es el de Sinesio López: *Ciudadanos reales e imaginarios* que se publica en 1997, y constituye quizás el libro más importante que se haya publicado no sólo en la sociología política sino en la sociología en general en el Perú y el acontecimiento más notable en la sociología peruana luego de la publicación de

Clases, Estado y Nación en el Perú de Julio Cotler en 1978. Este libro de Sinesio López combina un enfoque interpretativo con una comprensión socio-histórica del desarrollo del Estado y abundante información sobre ciudadanía actual de fuentes primarias y secundarias. Pone además al actor ciudadano en el centro del análisis político e intenta encontrar las raíces sociales del mismo. El segundo, es el de Carlos Franco: *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*, publicado en 1998, en el que Franco realiza una crítica, básicamente teórica, de lo que él denomina la “importación acrítica del concepto de democracia a América Latina”. Si bien este libro también critica indirectamente los conceptos de democracia con los que había venido trabajando la sociología peruana desde la década de 1980, lo hace con un rigor desconocido en nuestro medio y buscando entroncarse con las perspectivas de síntesis entre los enfoques estructural e interactivo que se desarrollan en el análisis político actual en el mundo.

6. LAS POSIBILIDADES FUTURAS

¿Qué perspectivas hay para el análisis sociológico de la política, tal como se ha dado hasta hoy en la forma de una sociología política crítica? A pesar de las tormentas, representadas por los diversos intentos autoritarios por suprimirla, creo que la sociología política llega al final del siglo no sólo con vida sino esforzándose por desarrollar enfoques interpretativos para el análisis de los fenómenos políticos, sin que ello signifique todavía aportes definitivos a la teoría pero sí el señalamiento de caminos por recorrer para construir las instancias de comprensión y explicación necesarias de nuestra cambiante realidad.

Creo, sin embargo, que hay limitaciones en cuanto al terreno que naturalmente “marca” la sociología política como tal, aunque en la práctica hayamos ya transgredido esos límites en uno u otro sentido. Primero, porque hay una especificidad del ámbito político como objeto de estudio, del cual podemos resaltar sus raíces sociales, las características del proceso político o la dinámica institucional, pero todas no serán sino dimensiones de un mismo fenómeno. No me atrevo llamar a esto ciencia política por las connotaciones positivistas y conductistas que la etiqueta tiene, sobre todo en su tradición originaria anglosajona, ni menos filosofía política o derecho constitucional que a pesar de sus aportes específicos aparecen también como áreas muy delimitadas dentro del mismo objeto de estudio. Y segundo, por los límites de la sociología misma, que como nos dice Immanuel Wallerstein (1999) tiene hoy grandes limitaciones en su problemática, originada en el estudio del mundo occidental, urbano y moderno, que ya no corresponde a la problemática del mundo actual. Wallerstein dirá que superar esta limitación implica

una redefinición epistemológica de la sociología, que vaya más allá de la interdisciplinariedad y busque una redefinición de los campos de estudio para avanzar en la perspectiva de una ciencia social unificada donde ciertamente habrá un área de estudios políticos. Aparece difícil e incluso utópica desde nuestra pobreza actual tamaña perspectiva, pero no creo que exista otro camino cierto que sea viable en el mediano y largo plazo.

Pienso además que las perspectivas en el corto plazo pueden ser muy prometedoras, si la todavía sociología política se afirma en su carácter crítico y logra, a diferencia de lo que ha sucedido en las tres décadas anteriores, transformarse de una perspectiva minoritaria dentro de la propia disciplina en un componente de la cultura sociológica en el Perú. Esto significaría la posibilidad de una nueva identidad para la sociología, enterrando los reflejos del marxismo-leninismo que pudieran quedar y superando la confusión actual. Ello supone que la comunidad intelectual de la sociología avance a tomar el control institucional de los centros reproductores de la actividad académica de las ciencias sociales y a partir de ellos desarrolle pautas para el ejercicio de la profesión sociológica como tal. Creo que la separación entre ejercicio intelectual y comunidad académica, por una parte, y control político de las instituciones por personal mediocre y ajeno a las preocupaciones del desarrollo intelectual por otra, impiden que haya perspectivas para la sociología en general y en especial para la sociología política, sobre todo, repito, para esta última, porque suele ser la cuestionadora infatigable de los pequeños y los grandes poderes que amenazan a nuestro quehacer intelectual y profesional así como a la sociedad mayor.

Esta reorganización institucional es la que permitirá el trabajo de exploración necesario para avanzar en la redefinición epistemológica de la ciencia social y dentro de ella en la construcción de una perspectiva integrada para los estudios políticos.

Como ven, es arduo y largo el camino, tanto intelectual como político práctico, por recorrer. ¡Suerte para todos nosotros!

BIBLIOGRAFÍA

BOURRICAUD, Francois

1989 *Poder y Sociedad en el Perú*. Lima: IEP ediciones.

BRUNNER, José Joaquín

1997 "Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas" En: *Sociedad hoy*. Revista de Ciencias Sociales. Vol. 1, N° 1, Año 1.

- COTLER, Julio
 1978 *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima: IEP ediciones.
- 1972 "Bases del corporativismo en el Perú". En *Sociedad y Política* N° 2. Lima, Perú.
- 1968 "La mecánica de la dominación interna y del cambio social". En: *Perú Problema. Cinco Ensayos*. Perú Problema 1. Lima: IEP.
- DEGREGORI, Carlos Iván
 1990 *El surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima: IEP ediciones.
- 1989 *Qué difícil es ser dios*. Lima: El Zorro de Abajo ediciones.
- 1985 *Sendero Luminoso: los hondos y mortales desencuentros*. Lima: IEP ediciones.
- DELGADO, Carlos
 1973 *Testimonio de lucha*. Lima, Perú: Ediciones Peisa.
- FRANCO, Carlos
 1998 *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*. Friedrich Ebert Stiftung.
- 1991 *La otra modernidad. Imágenes de la sociedad peruana*. Lima: CEDEP.
- 1986 *Los significados de la experiencia velasquista: Forma Política y Contenido Social. El Perú de Velasco*. Editado por Carlos Franco. Lima: CEDEP.
- GERMANÁ, César
 1996 "La sociología como ciencia y como profesión". En: *Debates en Sociología* N° 20-21. Departamento de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 1994 "El discurso de la sociología en el Perú. De las certidumbres de los años setentas a las dudas de los años noventas". En: *Investigaciones en Ciencias Sociales, un balance necesario: 1993*. Lima, CONCYTEC.
- GROMPONE, Romeo
 1999 *Las nuevas reglas de juego*. Lima: IEP.
- 1991 *El velero en el viento*. Lima: IEP.

LECHNER, Norbert

1996 "Las transformaciones de la política". En *Revista Mexicana de Sociología*. Año LVIII, N° 1. Enero-marzo de 1996.

1990 *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política*. México: Fondo de Cultura Económica.

LÓPEZ, Sinesio

1997 *Ciudadanos reales e imaginarios*. Lima: IDS.

1987a "Política, violencia y revolución". En *El Zorro de Abajo*, No. 7, junio. Lima.

1985 "Perú 1985: entre la moderación y la radicalidad". *El Zorro de Abajo*, N° 1, junio-julio, Lima.

1978 "El Estado oligárquico: un ensayo de interpretación". En *Revista Mexicana de Sociología*. Año XL/Vol. 3. México: UNAM.

LYNCH, Nicolás

1999 *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1992 *La Transición Conservadora. Movimiento Social y Democracia en el Perú, 1975-1978*. Lima: El Zorro de Abajo ediciones.

1990 *Los jóvenes rojos de San Marcos*. Lima: El Zorro de Abajo ediciones.

PARODI Jorge y Walter TWANAMA

1993 "Los pobladores, la ciudad y la política: un estudio de actitudes". En: *Los pobres, la ciudad y la política*. Jorge Parodi editor. Lima: Centro de Estudios de Democracia y Sociedad.

REYNA ARAUCO, Gustavo y Ricardo SOTO JULCA

1996 "La sociología: ciencia y profesión en Germaná". En: *Debates en Sociología* N°s. 20-21. Departamento de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica del Perú.

ROCHABRÚN, Guillermo

1995 "Horizontes y discursos en la sociología peruana". En: *El Perú frente al siglo XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.

1994 "¿Crisis de paradigmas o falta de rigor?" En *Debates en Sociología* N° 19. Departamento de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica del Perú.

- TANAKA, Martín
1998 *Los espejismos de la democracia*. Lima: IEP ediciones.
- QUIJANO, Aníbal
1990 “Notas sobre los problemas de la investigación social en América Latina”. En *Revista de Sociología* N° 7. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
1972 “Imperialismo y Capitalismo de Estado”. En *Sociedad y Política* N° 1. Lima, Perú.
1964 *Naturaleza, situación y tendencias de la sociedad peruana contemporánea*. Edición mimeografiada.
- WALLERSTEIN, Immanuel
1999 *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*. Caracas: Nueva Sociedad.